

ESCUCHE el nombre de Madariaga por primera vez allá en

los años de mi niñez. Madariaga era un parlamentario de las Derechas, obrero por más señas, que creo que se llamaba Dimas, y murió asesinado en la zona republicana. Madariaga era una señora que me parece que actuaba también en la política de las Derechas por aquellos años... y don Salvador.

Don Salvador de Madariaga había sido ministro efímero de Instrucción Pública en un Gobierno de don Alejandro Lerroux y, sobre todo, aparecía para mí como un ginebrino que, entonces, en mi niñez y desde Benavente, un pueblo de la provincia de Zamora, era como hablarme ahora de un diplomático acreditado en la Luna, un ser distante y casi mítico de una diplomacia tan llena de formas que más bien parecía un galimatías, discutiendo sobre el desarme, sobre las sanciones a Italia por la guerra de Etiopía o tratando de avenir a las partes en lucha en el conflicto del Chaco. Eran los años treinta, cargados de dinamita que no tardó en explotar.

Poco después de terminada nuestra guerra y en pleno conflicto universal, la pluma, más que la voz de don Salvador, se asomaba cada noche a los micrófonos de la B. B. C. de Londres para hacer una crítica sistemática del régimen de Franco. Creo que Madariaga en aquellos años fue uno de los hombres que actuó de una manera más radical contra la filosofía y las estructuras del régimen nacido de la guerra. Apoyaba ciertamente la causa de los aliados, pero sus palabras tenían otro motor: Su enemiga irreconciliable con la situación española. Sus convicciones le llevaban a posponer cualquier razón de prudencia política ante las heridas sangrantes de España, tras la guerra, ante las pasiones desatadas del mundo sobre nosotros, defendiendo de manera terca, creo que políticamente equivocada, pero doctrinalmente lúcida, la fórmula política que ahora vivimos en nuestro país, pero treinta y tantos años antes.

Se fue apagando en los aires de la noche española la voz de Madariaga, lanzada como un proyectil por la B. B. C. de Londres. Y entonces conocí al Madariaga de sus libros. Su defensa del régimen corporativo llena de sinceridad, aunque quizá contradictoria con su propia filosofía; su «Bolívar», impresionante estudio, y alegato a la vez, sobre la independencia americana, y su «España», llena de pasión, pero también de observaciones atinadísimas. Durante muchos años recordé su capítulo de «Los tres Franciscos», refiriéndose a Francisco Giner de los Ríos, Francisco Largo Caballero y Francisco Franco Bahamonde.

Tras su regreso a España, a la muerte del Generalísimo Franco, como pionero de un exilio marginal que volvía tras una victoria que sólo la muerte le había proporcionado, volvió otra vez a su exilio don Salvador que, ahora, cargado de experiencia y excelente juicio, del que venía dando testimonio en numerosos trabajos y artículos periodísticos, se ha revelado, además, como un consumado

MADARIAGA Y EL EUROCOMUNISMO

político pragmático en su artículo publicado en «Gaceta Ilustrada», del 3 de abril de 1977, del que me permito entresacar los siguientes párrafos:

«Lo de los comunistas disidentes requiere aclaración: ¿Son los de verdad o los de mentirijillas? Los de verdad son Sajarof, Solzhenitsin, Bucovsky y tantos otros que se declararon en franca y valiente oposición al «Partido Comunista» ruso y tuvieron que pagar su valentía con los calvarios que ya conocemos. Los de mentirijillas son los Marchais, Berlinguer, Carrillo y tantos otros que quieren que creamos que no piensan como el partido ruso. Se distinguen de los de verdad en que no están más que en oposición aparente, mero ardíd de guerra para mejor vencer. ¿Cómo vamos a creer que estos disidentes desientan de verdad cuando se tragaron el asesinato de Nagy Y Maleter en Budapest en 1956 y el rapto de Checoslovaquia por Breznev y su fuerza aérea el 68? Por mucho que se quieran pintar la máscara con los colores nacionales sabemos que llevan máscara; y que su supuesta disidencia es mero disfraz de guerra. Por lo tanto no nos dejemos engañar.»

«El eurocomunismo es otro siniestro carnaval. Del europeísmo de los comunistas estamos ya enterados por los repetidos rechazos que la idea de federar a Europa halló en Moscova desde el primer día. Gradualmente los amos de Rusia fueron cambiando de opinión. La fórmula estaba clara: el Occidente federa y el Oriente lo come ya bien aderezado de federalismo.»

«Ya conocíamos los hábitos federalistas de Rusia. Consistían en someter a los países por la fuerza del ejército ruso y quedarse con su independencia, riqueza y porvenir con el pretexto de federarlos. Si no cumplían con las órdenes de Moscova ya sabemos lo que decía Stalin: liquidar los Gobiernos regionales y llevar a los pueblos enteros a Siberia.»

«En los partidos que aspiran a darse por favorables a la clase obrera hay una rica gama de etiquetas: los socialistas no marxistas que se suelen llamar socialdemócratas por mote traducido (mal) del alemán; los socialistas marxistas no co-

munistas; los comunistas marxistas-leninistas, que son los de la obediencia ru-

sa; los maoístas que, muerto Mao. Dios sabe como se llamarán, y quizá algunos más que no recuerdo. Si traigo a cuento esta lista es para hacer constar que si es verdad —como alegan ahora muchos que se dicen comunistas disidentes— que el comunismo de los países occidentales quiere afirmar su independencia de Moscova, no se comprende muy bien por qué siguen llamándose comunistas. Con cambiarse el nombre y llamarse socialistas estaría resuelto. Pero mientras un partido se siga llamando comunista, por muy disidente que se adjetive, el público continuará considerándolo como instrumento más o menos disfrazado de la Unión Soviética.»

«Por otra parte es necesario insistir en que, desde Lenin, comunista quiere decir enemigo a muerte del socialismo; como lo prueba el hecho de que en ningún país dominado por la Unión Soviética se tolera ningún otro partido que el comunista y están, desde luego, expresamente prohibidos todos los partidos socialistas.»

«Por lo tanto, nosotros, los meros observadores, tenemos derecho a dar por seguro que el liberalismo aparente de los comunistas occidentales de hoy es mera postura táctica para ver de conquistar el Poder engañando a los electores; y que, una vez logrado el Poder, procederían a la liquidación del socialismo y de los socialistas.»

Por mi parte, don Salvador, no niego, sino que creo en la evolución de las ideologías, porque nada en el mundo está quieto sino que todo se altera y cambia, pero los ritmos históricos no son uniformes, sino muy diferentes en cada caso y además la propia ideología en evolución actúa de manera diferente según las circunstancias humanas y cambiantes. No es lo mismo la evolución del cristianismo como ideología, no como religión, a lo largo del Imperio Romano, de la Edad Media o del Renacimiento, que la del marxismo, cuyo soporte último ha sido siempre una o varias grandes potencias militares amparándole. Por eso no es posible admitir la filosofía evolucionista del marxismo que conduce al eurocomunismo, porque aun suponiendo que sean sinceros los propósitos independentistas de algunos se verían férreamente atados por los intereses económicos, políticos y militares de la gran potencia soviética, que a la vez les ampara y les hace prisioneros. Por eso se explican las condenas de «Pravda» y de algunos de los más encumbrados dirigentes soviéticos contra el eurocomunismo. Para ellos es una doctrina válida mientras sirva a los intereses de la Unión Soviética y dejará de serlo en el justo momento en que traspase la frontera de la disidencia. El paternalismo de Moscú está siempre atento. Viene a decirles: Podéis jugar hasta que me molestéis; podéis actuar mientras me servís, pero recordad siempre que puedo daros sobre las espaldas el palmetazo de rigor cuando así convenga a la Unión Soviética.

Federico SILVA MUÑOZ